

## EL DOCTOR ALFONSO LAMAS: EL PROFESOR Y SU HUMANISMO (\*)

Por el Dr. D. Prat

En los breves minutos de que dispongo debo ocuparme del Humanismo profesional y docente del Dr. Lamas, cualidad superior de este cirujano, que constituyó una de las aristas más salientes y brillantes de su destacada personalidad moral y profesional.

René Grousset en "El hombre y su historia", cita como definición del Humanismo, la del Diccionario Larousse que dice: "doctrina de los humanistas del Renacimiento"; en tanto que el Diccionario de la Academia lo considera como "una cultura del espíritu y del alma que surge de la familiarización con las literaturas clásicas, en particular con la griega y la romana".

Leriche en "La filosofía de la cirugía" establece una significación superior y universal del Humanismo del cirujano, quien debe estar dotado de los mejores conceptos y postulados de grandeza humana, que según el gran maestro francés "todo cirujano debe tener el sentimiento profundo del respeto debido por cada uno de nosotros a la personalidad humana y que se traduce como el impulso del hombre hacia el hombre, la preocupación de lo individual y la investigación de cada uno en su verdad". Con este concepto enfocaremos el humanismo del Dr. Lamas, tarea que nos resultará facilitada y simplificada, ya que nos hemos ocupado de este mismo tema en el "Homenaje al Prof. Alfonso Lamas" de 1935 y en el Prólogo de su Libro de Oro de 1943.

El Prof. Lamas actuó en la docencia con la doble representación de universitario y de *hombre*; como universitario por sus

---

(\*) Leído en la Sociedad de Cirugía el día 23 de noviembre de 1955.

superiores cualidades de una inteligencia viva y despierta, a la que se sumaba la virtuosa colaboración del hombre, según el concepto de Guyau, con condiciones excelsas de moralidad y carácter, representando la equilibrada hombría de bien y de experiencia de la vida, que en la práctica cristaliza en un *carácter* y que realiza la consagración de un maestro. En su actuación profesional prodigó la virtud superior del amor al semejante y fue un ardoroso cultor y entusiasta realizador del mayor respeto y consideración profesional y social para con el enfermo y constantemente nos inculcó con la práctica y el ejemplo de esa noble enseñanza, que se constituyó en divisa de acción: *“el mayor respeto y la máxima consideración por la vida del paciente”*.

En los complejos y peligrosos actos de nuestro arte quirúrgico, en los primeros lustros de nuestro siglo y en la época de nuestra iniciación quirúrgica, cuando había que actuar en casos de peligroso pronóstico, ya sea del hipertiroidismo, de úlceras en caquéticos en prostáticos con retención biliares con ictericia irreducible, cuya hora quirúrgica había sonado ya y estaba ampliamente sobrepasada; sin contar entonces con los valiosos y perfeccionados recursos de la transfusión, la anestesia y la vivificadora acción de la recuperación del equilibrio humoral por el laboratorio; fué en esas circunstancias, cuando Lamas se reveló como el celoso y fiel guardián de los intereses vitales de sus pacientes, descartando las operaciones inoportunas, atrevidas o temerarias, con pocas probabilidades de éxito, optando entonces por las operaciones escalonadas o las que estaban en consonancia con las limitadas o miserables resistencias del paciente.

A veces, cuando frente a un paciente irremediabilmente condenado, lo apremiábamos para realizar una operación de salvataje, de dudosos o problemáticos resultados, invariablemente nos contestaba: *“mucho peor que no hacerle nada favorable a un enfermo, es provocarle la muerte”* y esta fue la sentencia que en forma indeleble, quedó siempre consagrada para sus discípulos, como norma profesional de sagrado respeto en la ética profesional del paciente.

Esto explica que el Prof. Lamas no fuera en su actuación, partidario entusiasta de las grandes operaciones de alta cirugía, tipo anfiteatro de Facultad, por los grandes riesgos que debía

correr el paciente, al no contar con los recursos del progreso actual de la cirugía, que transformaron en intervenciones corrientes, las más serias operaciones tóraco abdominales y del corazón.

Como consecuencia de esta enseñanza, ella ha repercutido en nuestra práctica profesional y seguramente en la de otros discípulos del Prof. Lamas; en el pasado y ante la temerosa duda del resultado, habremos practicado operaciones de menor jerarquía, frente al tratamiento radical; p. ej. la G.E. en el ulcus duodenal y aun gástrico, por no tener la seguridad de salvar al enfermo con una gastrectomía. Hoy día el progreso y el perfeccionamiento ha cambiado fundamentalmente esta conducta, sin embargo no olvidemos, que no todos los cirujanos que actúan están igualmente capacitados, para algunas de las terapéuticas que realizan. Es así como durante mucho tiempo, la operación de Lamas y Mondino en dos tiempos, para los quistes hidáticos del pulmón, tuvo gran éxito.

Es por todo esto, que nuestro maestro consideraba una violación del humanismo quirúrgico, realizar intervenciones que no domina o no conoce bien el cirujano y se practican terapéuticas inapropiadas por insuficiencia de conocimientos y de técnica o cuando se actúa en un ambiente reconocidamente desprovisto de la necesaria y elemental colaboración instrumental y técnica. Igualmente creía que no se cumple con los severos y precisos preceptos de la cirugía, cuando se opera con anestias deficientes y se hace sufrir al paciente por incapacidad técnica.

Ocurre algo semejante cuando el cirujano no se preocupa de calmar la excitación y el psiquismo del enfermo y que al lograrlo, tonifica su moral y gana completamente su confianza, después de sedarlo y confortarlo espiritualmente.

A menudo sorprendimos al Dr. Lamas en un gesto de común humanismo, cuando el Hospital Maciel no contaba aún con calefacción, lo vimos cubrir con una colcha a un enfermo, expuesto casi desnudo en el anfiteatro, mientras un asistente dictaba su clase clínica y el Profesor acompañaba su gesto con estas palabras: "a Vd. paisano, le van a hacer un excelente diagnóstico, pero a lo mejor, se va a morir de una pulmonía". Era esta una enseñanza de efectivo humanismo que no olvidaríamos más.

Una función principal del profesor consiste en formar y pre-

parar los discípulos que lo reemplazarán, misión fundamental pero pesada y difícil, puesto que el aprendizaje exige que no se perjudique al paciente y de ahí su dificultad, ya que el profesor debe colaborar personalmente o dirigir esta práctica, sin dejar actuar solos a sus asistentes, hasta tener la seguridad de su completa preparación. Sabemos que Judd ayudó a operar a W. Mayo durante cinco años consecutivos, actuando siempre como simple ayudante y sólo después de esta práctica, adquirió su independencia operatoria y fue un gran cirujano.

A veces el humanismo quirúrgico se confunde con la correcta actuación de un profesional y casi diríamos, con la expresión de una esmerada educación y disciplina, que se pone de manifiesto, cuando el profesor cumple estrictamente sus horarios docentes, que es puntual en los exámenes, consultas, etc. y particularmente cuando realiza sus operaciones en las fechas y horas indicadas, cuyo incumplimiento, salvo razones muy apremiantes, no se justifica por las molestias y trastornos emotivos que ocasionan al paciente.

Consideramos que una característica del Humanismo, es la práctica de informar al paciente sobre su diagnóstico o la importancia de su lesión, *sin alarmarlo*, anunciándole en los casos graves o incurables, algo que advierta al enfermo sobre la jerarquía de su lesión; en cambio a la familia habrá que informarla totalmente del verdadero diagnóstico y pronóstico, antes de realizar la operación, con sus precisas dudas y reparos en los casos serios y graves.

Aprendimos a no ser categóricos y menos aun absolutos en nuestros diagnósticos, evitando siempre transmitirlo con cruda verdad a los pacientes, como acostumbran algunos profesionales estadounidenses y europeos, porque consideramos que el espíritu latino no está adaptado a estas violentas y crueles verdades; creemos que el médico o el cirujano siempre pueden lograr la calma y la esperanza en sus pacientes, de acuerdo con la fórmula de que el cirujano, cura a veces, mejora a menudo, pero debe calmar y lograr siempre la esperanza y tranquilidad de su paciente, física y espiritualmente, aun en los casos más desgraciados de nuestra profesión.

De acuerdo con estas directivas, recuerdo que cierta vez,

atendí a un paisano portador de un gran quiste del hígado, que durante la operación no podía establecer el diagnóstico; durante media hora estuve explorando el hígado, que se presentaba con las características de un cáncer. Cuando iba a cerrar el abdomen y dar por terminada la operación, sobre todo a instancias de mi ayudante, quien me pedía que no perdiera más tiempo porque se trataba de un cáncer; quise sin embargo practicar la biopsia y como me pareció que la brecha era húmeda, introduje el trocar y extraje unos seis litros de líquido hidático y membranas. Al despedir al enfermo ya cuando le dije, que se había salvado por milagro; quiso saber porqué le decía eso y le conté lo ocurrido en la operación, que había tenido una gran dificultad diagnóstica y que estuve a punto de cerrarlo sin hacerle nada. El paisano se quedó pensativo y aparentemente deprimido y creyendo que tuviese temor a la recidiva, traté de convencerlo y que estuviese tranquilo que curaría muy bien. Me contestó: "Mire Dr., se imagina lo que me interesa mi vida, pero ante su gesto de modesta y noble sinceridad, quedo gratamente sorprendido y muy satisfecho, lo felicito por su veracidad profesional". Evidentemente este paisano era un filósofo.

He discutido este problema con profesionales extranjeros y la mayoría están contestes en que esta verdad profesional, es una práctica muy *peligrosa*, porque en caso de error quedaban completamente desarmados y desconceptuados ante el paciente, para la rectificación y sin defensa por su error. No lo creo así y de acuerdo con las enseñanzas de mi maestro, he cumplido esa práctica, que me parece la más honesta y de elección y en el caso relatado, por la generosa reacción del paisano, constituyó un gran estímulo para nuestra conducta.

Es por todo esto que el Prof. Lamas, espíritu superior y campeón del Humanismo quirúrgico, fue un gran Maestro.

Nov. 23 de 1955.